

ambiciones y mercados, para tener instrumentos de diplomacia. El retrato abstracto le va como anillo al dedo a la reciente injerencia de Estados Unidos y los trasfondos que la motivaron:

«Hoy se conquistan territorios, no para redimir a las personas, sino para llevar las hermosas pieles de sus animales a los mercados públicos; para extraer las primeras materias de las sedas, de los colores y perfumes del taller, de la fábrica y del tocador; para extraer de las minas las sustancias con que se forjan espadas y puñales o grandes acorazados y formidables cañones, que constituyen trono con que la diosa Materia rueda por el mundo aplastando cruentamente a infelices muchedumbres».

Suelta entonces una filípica teológico/conservadora contra el concepto de progreso materialista y utilitario que enarbola el capitalismo moderno en su énfasis estadounidense, que nos excusamos de citar en este momento a pesar de su notable interés, dada su extensión y para no alejarnos del tema.

De los días en que la corona española se inclinaba derrotada ignominiosamente por el puntillazo con que la artillería yanqui remataba su dominio agonizante a causa de la lucha cubana por la independencia, son los versos de Carolina Coronado, publicados en *Mitra* (el 11 de agosto de 1898), el periódico de la derecha católica de Ciudad México. La poetisa da rienda suelta —entre airada y pesarosa— a las ideas y sentimientos que le ha despertado el desborde yanqui, no sólo en las Antillas. El cuestionamiento rimado de que damos cuenta revela una inquietud política por el fondo y las formas adoptados por Estados Unidos (a los cuales nunca se menciona específicamente) en su estallido invasor.

¿Acaso los marinos españoles  
arriaron la bandera en sus manos?  
Antes de hacerlo así, les sobran bríos  
para hacerla volar con los paños.  
¿La creéis humillada y abatida  
y pretendéis ¡osados! mancillarla?  
¡Pues allí la tenéis! id a tocarla  
y la hallaréis con la victoria erguida.  
Al fin los vicios del caduco imperio,  
la ambición de los Césares insana  
ha logrado invadir nuestro hemisferio.  
Comprendo su dolor, querida hermana;  
Tú, que descienes del ilustre anciano  
honra de la familia ciudadana.  
Comprendo que tu espíritu cristiano  
se espante del error y la injusticia

que hoy arrastra al pueblo americano.  
No es por humildad, es por codicia  
por lo que rompe a las sangrientas leyes  
fundador en favor de la justicia.  
Si el yugo sacudió de injustos reyes  
fue para dar ejemplo al viejo mundo  
con las virtudes de sus nuevos reyes  
para que hallase manantial fecundo  
en su labor, la sociedad tranquila,  
de paz con su gobierno sin segundo.  
Mas convertís a Washington en Sila,  
y al pacífico pueblo ciudadano  
cual en Europa intrusos Napoleones.  
Y a Inglaterra decir: «Somos iguales,  
llevamos ya corona en la cabeza  
aunque súbditos fuimos desleales.

La República ha sido una flaqueza.  
 Entramos en la edad adolescente  
 y queremos mayor alteza».  
 Y para eso ¡oh dolor! sangre inocente  
 a esta bandera que valor reboza,  
 acrecentan su bélica porfía  
 un Bailén, un Lepanto y un Pavía;  
 un Lérida, un Madrid y un Zaragoza.  
 En sanguinario ejército de Atila.  
 ¡Ay! ¡Quién dijera a tu leal hermano  
 que su bandera injuriaría el fuero  
 del generoso pueblo castellano!...  
 Pero no venció a España el caballero,  
 el barco por el arte acorazado  
 es hoy el adalid, es el guerrero.  
 Evocaciones del infierno airado  
 salen al mar y reventando en llama,  
 sepultan al ejército abrasado;  
 y *Lucifer* y vencedor se aclama,  
 porque él es quien alcanza la victoria  
 y de gran paladín logra la fama.

En negra piedra escribirá la historia  
 la fundación de vuestro nuevo imperio  
 y el fin de su grandeza transitoria.  
 A España tienen hoy en cautiverio:  
 mas lo que harán del nuevo poderío  
 es para la República un misterio.  
 Arrastrada por loco desvarío  
 quiere emular de Europa los blasones  
 y remedar su antiguo señorío.  
 Quieren tener marqueses y barones  
 y duques y sus príncipes reales,  
 ha enrojecido el mar de las Antillas  
 y el remoto archipiélago de Oriente...  
 Y aún amenazan arrasar las villas  
 de Iberia, por mostrar a las naciones  
 de su infernal obús las maravillas  
 cubierta con los fúnebres crespones,  
 si vienen, los veré del Oceano  
 a la orilla, sin miedo a sus cañones.  
 Más con horror a su furor insano...

*La Voz de México* era uno de los principales órganos de prensa del conservadurismo independiente, junto con *El Tiempo* y *El Nacional*. Desde el comienzo de las hostilidades hispano-yanquis, acentuó su postura «anti-gringa» y no dejó pasar día sin echar un grano al costal ya nutrido de la animadversión a Estados Unidos. Animadversión no siempre visceral, pues entre sus alegatos hay no pocos razonamientos de notable interés. Fue la *Voz de México* quien difundió la modificación de la tesis monroísta, en la «doctrina Mc Kinley» que se vino a redefinir en otorgar «a los Estados Unidos el derecho de intervención, en nombre de la humanidad, de la civilización y de la protección de los intereses americanos, en los asuntos de sus vecinos».

El periódico conservador fue de los que creyó que las acciones de Estados Unidos serían condenadas como en «acto bárbaro» y que España no sólo tendría «la simpatía de todos los pueblos civilizados», entre los cuales colocaba también los del continente. Donde no se equivocaba *La Voz...* era en advertir la simpatía de los «liberales ilustrados» por Estados Unidos, puesto que no se habían pronunciado contra el intervencionismo de la «doctrina Mc Kinley» y contra cuanto tenía ésta de amenazante para el futuro de la relaciones intercontinentales:

«¡Que tiemble México, porque hoy se trata de Cuba, mañana de Yucatán, después, cuando a la muerte del actual jefe de Estado o en cualquier otra

emergencia se perturbe la paz, vendrá el protectorado político para garantizar la tranquilidad y el capital de los ciudadanos americanos, desde Monterrey, que es ya étnica y comercialmente una prolongación de Texas, hasta el Istmo de Tehuantepec que es el presente del mundo; después la absorción y con ella la esclavitud!».

*La Voz...* tenía más acentos castellanos que mexicanos, pues era de la opinión de una alianza ofensiva y defensiva entre España y las repúblicas hispanoamericanas, que daría tranquilidad a España en las Antillas y habría un equilibrio continental adverso a Estados Unidos. A su vez, España permite a Europa estar presente en el medio del golfo mexicano. Con gran habilidad retórica e ideológica argumentaban que Cuba podría convertirse en manos yanquis en el Gibraltar americano. Los periodistas liberales reaccionaron contra los redactores conservadores acusándolos de que no ayudaban a la buena relación con los norteamericanos.

Naturalmente, esto merece un estudio minucioso. *La Voz de México*, durante los meses de la guerra sostuvo un constante seguimiento, casi diario, de la evolución del conflicto, pero sobre todo una pertinaz argumentación contra la expansión yanqui. En ella se mezclan los razonamientos con la exaltación hispanófila y religiosa, las argumentaciones geopolíticas con las preocupaciones de raza y cultura, la angloxenofobia con un tenor antimodernista. Siempre prudentes con respecto al gobierno directamente, pero cuestionando y presionando la carambola.

No solamente en la derecha católica se había desarrollado esta suerte de pensamiento antiimperialista conservador a partir de posiciones tradicionalistas e intereses materiales amenazados; también en los círculos liberales y en la burocracia gobiernista se harían vaticinios agoreros de la significación de la posible caída de Cuba en la órbita del poder imperialista estadounidense.

El cónsul de México en San Diego, California, Antonio Lomelí, había reportado los preparativos hechos en la costa oeste por Estados Unidos meses antes de la declaración de guerra. Una vez terminada ésta transmitió a la cancillería sus opiniones acerca de la «inmensa significación política» de los resultados obtenidos por Estados Unidos en la guerra a punto de concluirse:

«La nación americana rica, industriosa y trabajadora, era un emblema y una garantía de paz en el mundo: los Estados Unidos de América conquistadores, fuertes en elementos de guerra y ambiciosos de extender su dominio, son de hoy en adelante una amenaza para las naciones débiles y una preocupación para las fuertes.